

DIA NOVENO.

EL PERFECCIONAMIENTO.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.

El Altísimo ha santificado su tabernáculo.

(SALM. XLV, 5.)

Segun ayer os manifesté, mis amados hermanos, la verdadera educacion ha de tener por base dos principios fundamentales; esto es: la Religion y el amor al trabajo, en el cumplimiento de nuestros deberes en aquel estado en el cual plugo á la Providencia colocarnos; atemperando á tales reglas, desde nuestra más tierna edad, nuestro corazon y los primeros hábitos de nuestra vida. Empero, á decir la verdad, con esas primeras semillas de toda perfecta educacion, no podremos conseguir el fin para el cual fuimos criados; es preciso, además, que el hombre, por su parte, ponga un especial estudio en hacerlos fructificar dentro de sí mismo, á fin de que ellos se reflejen, enteramente, hasta en los actos más simples de su existencia. Notad, sinó, como obra todo entendido y diligente agricultor, cuando se propone cultivar una hermosa y tierna planta en el huerto de su propia casa. Dicho agricultor no se contenta, simplemente, con haber introducido sus raíces en el suelo, sinó que la riega, la desmocha y la cultiva como objeto de todo su cariño; de lo cual resulta, que ella vejeta y crece maravillosamente, recompensando los afanes de aquél con abundantes frutos. Tal es, igualmente, el caso respecto de la virtud, cuando es infundida en el corazon humano para que germine en él: abandonada á sí misma, se seca, ó bien arrastra una vida de languidez; mas, cuando es cultivada con amor y diligencia, llega á florecer y á fructificar de tal manera, que deja colmada la esperanzas de la familia y de la sociedad. Empero, ¿cuáles medios deben emplearse para conseguir este propósito? El mundo os dirá, sin duda alguna, que esos medios consisten en el buen tono, en el trato social, en los

ejemplos y el espíritu del siglo; y ¡pluguiera al Señor, que todos nosotros fuéramos ménos dóciles en darle crédito y en seguir sus enseñanzas! Obrando así, no tuviéramos que deplorar, ciertamente, el cúmulo de iniquidades y de infortunios, que tan á menudo vienen á amargar nuestra miserable existencia. ¡Ah! mis amados hermanos; la diligente vigilancia sobre nosotros mismos, la frecuencia de los santos sacramentos, y la lectura de los Libros sagrados; hé ahí los verdaderos medios, como nos lo enseña la Religion, que nunca han fracasado, porque ésta es, en realidad, y no otra alguna, el aura vital, merced á la cual la virtud crece vigorosa y se eleva ufana hácia el cielo. De ello os dará la prueba, durante esta noche, la doncella María, cuya educacion social y religiosa alcanzó su perfeccion en el Templo santo de Sion, con tales luces é inspiraciones celestiales. ¡Oh, Virgen excelsa! que los encantos de la belleza que en Ti resplandece, creciendo al soplo del aura del amor de Dios, excite y mueva nuestros corazones á imitarte dignamente! Meditemos el asunto, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

La educacion que la Virgen recibía en el Templo, consistía enteramente, conforme habeis visto, en primer lugar, en el cumplimiento de los deberes de Religion para con Dios; y luégo, en amaestrarse en aquellas cosas que forman de la mujer el sostén de la casa, haciéndola aparecer á nuestros ojos como modelo de recato, de laboriosidad y de piedad; ora como hija, ora como madre, destinada y elegida para gobernar y educar á la familia. Empero, no se contentó con eso, simplemente, la admirable hija de Joaquin y Ana, sinó que aprovechaba, además, los momentos que le dejaban libres la oracion y el trabajo para cultivar su inteligencia con la lectura de los sagrados Libros. Así, al paso que iban trascurriendo los años, crecía en virtud y lucimiento, á la manera de una planta escogida, con el riego incesante de las aguas saludables de cristalino y puro manantial (1). En efecto; segun san Ambrosio, entre las prendas que adornaban á María, y las dotes singulares con las cuales sobresalía entre todas sus compañeras, poseía el don de interpretar maravillosamente las divinas Escrituras, algunos textos de las cuales leía todos los dias. Y san Anselmo añade, que poseía un perfecto conocimiento de la lengua mosaica, lengua primitiva, que empleó Josué al detener el curso del sol en el valle de Ayalon (2), para coronar su victoria en el combate empeñado contra los enemigos de su nacion; lengua con la cual Dios

(1) PSALM. I, 3.

(2) Tradicion hebráica referida por Basnage y D'Herbelot: *Bibl. orient.* Tomo II.

mismo grabó en las tablas que entregara á Moisés, los diez mandamientos de su ley divina. Pues bien; ya fuera que María, meditando día y noche en ese primitivo idioma, llegara á penetrar los sublimes conceptos de los profetas; ó que recibiera un soplo de inspiracion del Espíritu Santo, como aquel que hacia vibrar dulcemente las cuerdas del arpa de David (1); ello es cierto, que su enamorado corazon rebosaba tal plenitud de afectos ardientes y poderosos, que, á menudo, sus lábios entonaban algun himno cuyo canto se difundía en torno suyo cual armonía inefable del Cielo. Una muestra nos ofrece de ello el *MAGNIFICAT ANIMA MEA DOMINUM*, cántico que será considerado en todos los siglos y por todos los pueblos, como una composicion poética de primer orden, de un lirismo incomparable precisamente por ser divina (2). ¡Ah! cuántas veces, pues, cuando en las primeras horas de la noche, la luna vagaba en silencio por las espaciosas bóvedas del firmamento, María, con los ojos fijos en el astro que parece encerrar algo de divino en su suave y dulce luz, elevaba su alma á Dios, entonando himnos de amor en su alabanza, hasta derramar lágrimas de emocion, segun la costumbre hebrea! ¡Ah! no creais, mis amados hermanos, que eso sea mera poesía; y si fuere poesta, es de tal género, que dice la verdad; es poesía divina, toda vez que la verdadera educacion no está reñida con las honestas expansiones del espíritu, ántes bien ella las produce; y esas recreaciones sirven para avivar la piedad. Son recreaciones suavísimas y dulcísimas, que jamás podrán alcanzarse con músicas y cantos profanos y lascivos, ó con la lectura de novelas, que, como dice un moderno escritor, atizan el tremendo fuego de las pasiones (3); las cuales, una vez desatadas, con dificultad se las somete de nuevo al yugo de la razon.

¿Las novelas he dicho? ¿Quién es capaz de calcular los daños ocasionados por la lectura de tales fábulas, que han sustituido á las historias sagradas del antiguo y nuevo Testamento y á las Vidas de los Santos? ¡Las Vidas de los Santos! ¡Ah! harlo comprendo yo mismo, que esa lectura ya no es posible, maleadas como se hallan las inteligencias y los corazones con un género de literatura, que no es otra cosa que la restauracion del paganismo! No sucedía así en los tiempos de nuestros mayores; ántes bien, de aquella lectura surgía el fuego divino, en el cual se encendían y se alimentaban los más caros y poderosos sentimientos de fé, de amor, de esperanza, y de dulzuras

(1) Orsini: *La Vergine*, etc., tom. I. cap. v. in nota, pág. 113.

(2) Véase Nicolás: *La Virgen Maria segun el Evangelio*, cap. XI.

(3) Tonso: *Cuaresmal*.

domésticas, que hacian á la sociedad civil dichosa y afortunada. Y, en verdad, yo no sé que libro alguno suministre á personas de toda edad y condicion pasto más suave y nutritivo al entendimiento, á la imaginacion y al corazon, como el libro de las Vidas de los Siervos de Jesucristo. Allí se ofrecen á nuestra consideracion, ora vírgenes puras, cual flores de eterna frescura y de fragancia celestial; ora esposas, que hicieron la dicha de sus casas y la admiracion de su siglo. Allí podreis contemplar madres venerandas, ó viudas, que enaltecieron la virtud hasta el punto de hacer amable cuanto hoy ofrece la vida de más duro y penoso. Aquí encontrareis matrónas insignes y reinas, que edificaron con su piedad á ciudades enteras, reinos é imperios; confesores, que vivieron tranquilos en medio del lento martirio de sus penitencias; y trágicas escenas de mártires, que forman la más sublime epopeya de la historia de la Iglesia. Ora, finalmente, recrearán vuestro corazon los encantos de la vida solitaria, como por ejemplo, la de los anacoretas; la santidad de los afectos de familia, entre las madres y los hijos, entre las esposas y sus consortes, los hermanos y las hermanas, los amigos y los deudos; todo lo cual constituye una série de estupendas y maravillosas escenas, siempre llenas de candor y belleza celestial; en una palabra, en los sagrados Libros, en las historias y leyendas de nuestra augusta Religion (1), encuéntrase cuanto de más ameno y asombroso puede ofreceros para solaz y deleite de vuestro ánimo la literatura en general, sin exceptuar la literatura pagana de todos los siglos. Empero; ¿quién hoy hace ya caso de esas delicias del Catolicismo? Ninguno, ó poco ménos; y la razon de ello es la misma que os he indicado poco há; es decir: el renacimiento del espíritu del paganismo, sustituido al espíritu de la fé de Jesucristo. Sí, lo repito; es el triunfo del paganismo sobre el Catolicismo; eso es lo que os está indicando ese torrente de libros malvados é impíos que nos envuelve por todos lados; no habiendo ya hoy casi familia alguna en cuyo seno no os sea dado encontrarlos; cuyos libros pervierten la inteligencia, corrompen el corazon, siembran la discordia entre los padres y los hijos, entre los maridos y las esposas, y entre los ricos y los pobres; por cuya causa la sociedad entera hállase en un espantoso desquiciamiento; libros capaces, y este es el triste fin á que aspiran, de borrar del corazon de la juventud todo sagrado sentimiento de la naturaleza y de la Religion, y de arrastrarla, no sólo á las envidias, á los rencores y al más desenfrenado libertinaje, sí que tambien á los infames y espantosos delitos y

(1) Véase: *La Mujer católica*, por el P. Ventura, part. II.

á la más espantosa desesperacion. Tal es, mis amados hermanos, la terrible calamidad de nuestro siglo, que está amenazando envolver no sólo á la Europa, sino aún al mundo entero.

¡Oh, María! De un modo bien diferente obraste Tú, en la eleccion de las deliciosas lecturas, de las cuales alimentábase tu espíritu con tanta avidez y con frutos tan asombrosos. ¡Oh, hermanos míos, que escuchais mis palabras! contemplad, os lo suplico, á esa criatura celestial, que debió, en gran parte, á la lectura de los sagrados Libros el cúmulo de virtudes con las cuales aparece adornada á la faz de todas las generaciones; toda vez que, segun refieren las tradiciones orientales, las sagradas Escrituras del pueblo de Dios formaban todas sus delicias durante el dia y la noche. Alimentándose con ellas, como de una fuente divina, su entendimiento y su corazon, hé ahí como pudo alcanzar tal grado de virtud y ser colmada de divinas gracias, hasta el punto de que jamás tendrá en la tierra semejante (1). En todas las acciones de María notábase una decencia suma; era buena, afable y compasiva para con todos; y á menudo, su limosna, acompañada de los tiernos afectos de su corazon, caía en el cepillo del Templo, donde más tarde Jesús vió descender el óbolo de la Viuda, que mereció á ésta los elogios del mismo Dios (2). Comedida y sóbria en palabras, sus lábios jamás se abrían en vano; ni jamás los manchó con mentira alguna, ni aún la más leve. Su voz era dulce y persuasiva; y sus discursos, llenos de unción y de celo, llevaban la tranquilidad y el reposo en el ánimo de cuantos la escuchaban. Entre todas sus compañeras, Élla era siempre la que mostraba más vigilancia y exactitud en el cumplimiento de la divina ley; la primera en la humildad, la más dócil en la obediencia, la más perfecta en todo género de virtudes. En ocasion alguna vió-sela enojada, ni jamás ofendió, ni contristó á persona alguna, ni siquiera en lo más mínimo. Enemiga de ostentaciones, graciosa en el hablar, y agradable en sus modales, huía toda ocasion de ostentarse, bien que fuera bella; sin que amara el adornar su persona, bien que fuera jóven; ni hacer alarde alguno de su linaje, bien que fuera noble; ni ambicionara las riquezas, por más que fuera pobre; sino que todo su ahinco consistió en ocultar celosamente á los ojos del mundo los inestimables tesoros de su espíritu y de su corazon. Hé ahí porque con su sola presencia, no sólo regocijara á cuantas personas la rodeaban, sino que aún alejaba de sus ánimos todo pensamiento que tuviera resabios de terrenal. Su cortesía, además, no se

(1) Sofron. *Serm. de Ass.*

(2) Luc. *xxi*, 3.

concretaba únicamente á las palabras; sino que consistía en una sincera expresion de universal benevolencia para con todos. En suma; todas sus palabras, todas sus acciones y todas sus miradas, hacian presentir que ella sería la Madre de las misericordias, de las gracias y del perdon.

Pues bien; decidme con sinceridad, mis amados hermanos: ¿no-tais, acaso, ni la sombra siquiera de tales virtudes en los jóvenes de nuestros tiempos? ¡Ah! cuán al contrario ello sucede! Los jóvenes de nuestros dias, presumidos y pagados de sí mismos, despreciando á sus semejantes, como si no fueran sus hermanos y de la misma condicion terrenal, les vemos rencorosos, desobedientes, insolentes, incrédulos; en una palabra, un verdadero azote en el seno de la sociedad civil! ¡Ah! harto lo sabeis vosotros, padres y madres de familia: decidme lo que son hoy vuestros hijos, y cuál es su manera de vivir. ¿Acaso no son todos ellos disolutos en sus amores, dados á las malas compañías, á la frecuentacion de cafés, de botillerías y de garitos, en donde se ultraja al pudor, se blasfema de la virtud, y se pide la destruccion de la Iglesia católica, de la cual, sin embargo, son hijos? Pues bien; para corregir ese desórden que se observa, con tanta mengua y desdicha de la familia, no existe más que un medio (no nos alucinemos lastimosamente sobre ese punto); procurar con la más exquisita vigilancia y el más severo rigor alejar de sus corazones todo aquello que huela á impiedad, á irreligion y á licencia. Obrando de otra manera cualquiera, sólo crecerán para ser la corrupcion y la ignominia del mundo; y vosotros tendreis que sufrir los tremendos juicios que Dios, en sus secretos, ha jurado hacer contra los padres débiles y neciamente indulgentes, que no saben usar de severidad respecto de sus hijos.

Ahora, empero, sacando el debido fruto de los nuevos ejemplos que se nos ofrecen para nuestra instruccion, veamos de qué manera, María, además de alimentar su corazon con las máximas piadosas y sublimes de los sagrados Libros, segun los usos de su nacion, se habituaba, igualmente, á ejercitar su cuerpo en obras de penitencia, especialmente con ayunos; los cuales, al decir de san Ambrosio (1), eran frecuentes y rigurosísimos. En efecto; los ayunos, en Oriente, consistían en una absoluta abstinencia de todo género de comida, desde la salida del sol, hasta que las estrellas de la noche empezaban á aparecer en el cielo. Y sin embargo, nosotros nos quejamos todavía de los rarísimos ayunos que la Iglesia, nuestra madre, nos ordena para

(1) *De Virg.* lib. *ii*.

nuestro bien; los cuales, comparados con aquellos que solían practicar los antiguos, son nada, en realidad. ¡Y aún pluguiera al cielo, que tales quejas reconocieran siempre por fundamento motivos de salud, ú otros parecidos, achaques de nuestra naturaleza! pero, con grande escándalo del Cristianismo, nos quejamos de los ayunos sólo por satisfacer la gula; y ¡ojalá no hubiera corazones aún más perversos, los cuales no quieren oír hablar de cuaresma, de vigilia, ni aún en aquel día sagrado en que murió el Salvador del mundo; ofreciendo el espectáculo de una sociedad de viles animales, en la cual, como suele decirse vulgarmente, todo se da de barato, ultrajando impiamente la santidad de la Religión! ¡Oh, María! qué diferencia entre Tú y nosotros; entre nuestros cristianos y el pueblo al cual Tú perteneciste! Ella, durante el tiempo prescrito para los ayunos, absteníase, piadosamente, de todo cuanto pudiera de algún modo lisonjear su corazón, añadiendo á ello el no perdonar molestia alguna para practicar todas las obras de caridad que fueran posibles. Cubría, además, su cuerpo con los vestidos más pobres que tenía á mano; dormía sobre el duro suelo; y en tales días de mortificación y de llanto, que á menudo prolongábanse durante semanas enteras, no tomaba más que una lijera refacción de pan cocido en el rescoldo, algunas amargas legumbres, y un vaso de agua de la fuente de Siloe (1). Añádase á esto las continuas oraciones, que hacía con tal recogimiento de espíritu, que ni aún el bramar de la tempestad, á cuyo fragor solía el César ocultarse en los subterráneos de su palacio (2), no lograba conmoverla en lo más mínimo, absorta enteramente como se hallaba en la meditación ante el Autor del universo, más allá de los confines del mundo, en las regiones de lo infinito. ¡Ah! no, mortal alguno vióse jamás dotado, dice san Ambrosio (3), de un don tan elevado de contemplación como el que poseyó María; cuyo espíritu, siempre en consonancia con su corazón, nunca llegó á perder de vista á aquel Dios, que amaba más ardientemente que todos los Serafines del cielo juntos. En una palabra; su vida fué un continuo ejercicio del más perfecto amor hácia el Criador; en tal grado, que cuando el sueño pesaba sobre sus párpados, su corazón permanecía vigilante y en actitud de fervorosa oración. Tal fué, mis amados hermanos, la vida de la Virgen en el Templo, donde brillaba con una especie de luz nueva y enteramente celestial en medio de sus jóvenes compañeras, como lo estrella vespertina en medio de las demás estrellas del firmamento. De ahí, que

(1) Basnag. lib. vii, cap. xviii; y Fleury; *Costumbres de los hebreos*.

(2) Svetonio.

(3) Loc. cit.

siempre que los ancianos del santuario, encanecidos por las fatigas sacerdotales, acertáran á pasar por delante de ella, no pudieran ménos de detenerse para bendecirla, como un prodigio jamás visto en Israel. Y de ahí, igualmente, si no me engaño, que se propagára entre las tribus cristianas de los primeros siglos de la Iglesia aquella admirable leyenda, de la cual se hace mención en el Corán, es decir, que Zacarías, siempre que se le ocurría visitar á María, hallaba cerca de ella cierta cantidad de frutos bellos y frescos, fuera de estación, cuya vista embelesaba la mirada; y que al preguntarle éste de donde procedían, ella respondiera: que dichos frutos eran un don de Dios, que provee admirablemente á sus criaturas racionales, cuando le place (1). Y en verdad, á todos los justos que viven sujetos á las disposiciones de la Providencia, y aman de veras á Dios, nunca les falta lo necesario, ántes bien son socorridos por Él con milagrosa abundancia.

Empero, no creáis, mis amados hermanos, que esas pocas cosas que yo hasta ahora he sabido á duras penas balbucear, diseñen la admirable figura de María: bien siento yo mismo la pobreza del retrato que me he esforzado en presentaros, y lo reconozco tan indigno de Élla, que quisiera borrarlo. ¿Quién, jamás, en la tierra, ni en el cielo, pudiera decir lo que fué la Doncella en el Templo, excepto Dios mismo, que la había criado para sí, y la preparaba para recibir dignamente en su seno al Verbo de la gloria? Su vida externa en el Templo fué apenas una sombra, una sombra solamente, de las íntimas relaciones de su alma con Dios, por las cuales aquella alma fué verdadero templo, ley, profecía, Biblia, matriz del misterio. María, en presencia de Dios, representaba el género humano, porque en Élla se reunieron todas las perfecciones que el humano linaje hubiera debido alcanzar; pero, que léjos de ello, no sólo no las había alcanzado, sino que había pasado á ser la negación absoluta de las mismas. Y de un modo más especial aún, María representaba delante de Dios, en aquellos últimos días, el pueblo sacerdotal, toda vez que en ella juntábanse todas las virtudes religiosas que habían resplandecido en tiempos anteriores; pero, aisladas é imperfectas en los más gloriosos días de aquella nación. Por lo tanto, todas las virtudes que debían practicarse, y no se practicaron por tantos millones y millares de millones de vivientes en el trascurso de cuarenta siglos; todos los diversos aspectos de virtud que debían aparecer, y que no aparecieron; todos los grados de virtud que debían ser alcanzados y

(1) D'Herbelot, *Bibl. Orient.*

no se alcanzaron; todas las pruebas y triunfos de la virtud, las virtudes propias de todos los estados y de todas las condiciones de la vida, las virtudes religiosas, civiles y domésticas, todo el cúmulo de virtudes, en suma, que el Criador había prefijado al género humano como la primera etapa, ó el primer estadio del camino terrenal, pero que la humanidad no había cumplido; todo quedó concentrado en María. Esto significa, que Élla reunió en sí misma todas las virtudes y toda la fortaleza de las virtudes que faltaron á todos. Por tal motivo, una vez aparecida María en el mundo, si la virtud pudiera verse con los ojos del cuerpo, este planeta en que vivimos hubiérase ofrecido á nuestras miradas como la estrella más esplendorosa del cielo, desde el momento en que la futura Madre de Dios sentó en él sus plantas. Empero, si así no sucedió respecto de los ojos groseros y carnales del mundo, dicha estrella comenzó á brillar á los ojos de Dios; y, Élla, la Virgen, ilustró y ennobleció el humano linaje con sus virtudes, de tal manera, que lo hizo digno de ser salvado. ¡Oh criatura nobilísima y divina! ¿será, pues, posible, que hombre alguno rehuse doblar ante Tí su frente con reverencia?

Considerando ahora á María como una criatura tan rara, y como verdadera delicia del santuario, donde tanto resplandecían los singulares privilegios de que Dios la dotára de una manera tan maravillosa, tal vez os mueva el deseo de saber bajo qué apariencias se ocultaba un alma tan excelsa. San Epifanio, citado por Nicéforo, nos dejó de ella la pintura siguiente, tomándola de la tradición y de los manuscritos que posteriormente se perdieron. Su estatura no era alta, sinó algo más que mediana: el color de su tez era ligeramente moreno, como el de la Sulamite, tostada por el sol de su pátria (1): los cabellos rubios, los ojos perspicaces, las pupilas de color aceituñado; las cejas bellísimas, trazando una graciosa y delicada curva; la nariz suavemente afilada; el lábio de color de rosa; el rostro deliciosamente ovalado; y las manos y los dedos como delicado marfil. Todos los demás Padres de la Iglesia hablan, asimismo, de ella como de un prodigio. Entre ellos, san Dionisio Areopaguita, que tuvo la dicha de contemplarla con sus propios ojos, lleva su elogio hasta el punto de afirmar, que de no haber existido las sagradas Escrituras, la hubiera adorado como Dios. Y san Ignacio mártir, añade, que acudía de todas partes extraordinario concurso de gentes para verla y oirla hablar. Era la belleza de María una belleza divina, que emanaba de la belleza interior de su alma inmaculada, iluminada conti-

(1) CANT. I, 4 y 5.

nuamente por la sonrisa de Dios: era, en suma, la más hermosa de las mujeres, toda vez que Élla era la más santa de todas las hijas de Eva (1).

Salve ¡oh bella hija de Dios! aparecida en medio del universo para infundirle nueva vida, nueva belleza y nuevo esplendor! Tú pareciste y fuiste siempre bella, inmensamente bella, bella sobre todo encarecimiento; siendo la maravilla de todas las generaciones y de todos los siglos, por el esplendor de la santidad interior que recibiste del Criador en tu admirable concepción, y por el amor ardentísimo que hacía Él te impelia, haciéndote siempre más divina! ¡Oh, Virgen querida y celestial! ¿cuándo, pues, comprenderemos nosotros, igualmente, que sólo con la posesión de la santidad podemos ser dignos de nosotros mismos, y dignos de Dios, nuestro Padre, y conocer la sublimidad de nuestros destinos? ¡Ah, desdichados! reflexionemos ya de una vez, reconociendo que las cosas terrenas y todas sus agradables, fugaces y mortales bellezas, no son más que polvo, tinieblas y muerte. ¡Oh, María! dignate iluminar con tu inefable esplendor nuestro entendimiento, de manera que entendamos de una vez, y de veras, que no existe verdadera belleza fuera de la tuya y de la de Dios; á fin de que elevando nuestras miradas hácia el Cielo, donde se halla la fuente de lo bello y del bien, comencemos á gustar, aún acá en la tierra, la verdadera felicidad. Sí, ¡oh divina Madre del Señor, bello Templo de amor! muéstrate á nuestro espíritu tal cual eres, hermosa y graciosísima, á fin de que no nos seduzcan las vanas apariencias del mundo; y el rayo esplendoroso de tu belleza nos embriague de santo amor; de aquel amor que es principio de vida, júbilo, consuelo y ensayo de la vida beatífica é inmortal del Cielo. Así SEA.

(1) Orsini: *La Vergine*, etc., tom. 1.